



Lydia Lunch
Paradoxia.

Prólogo de Virginie Despentes
Epílogo de Thurston Moore.

Editorial Melusina, Barcelona, 2008, pps. 191.

En cierta ocasión, un alcohólico e indecente viejo escritor nos advertía: “Cuando dejas tu máquina de escribir, dejas tu ametralladora y las ratas invaden”. Heredera tanto de Bukowski, como de los excesos de la generación beat, *Paradoxia* de Lydia Lunch empuña un arma semejante: la autoconfesión como mecanismo de defensa ante la podredumbre del mundo que nos rodea. Por ello, enfrentarnos a Lunch requiere tanta prudencia como valentía. Estamos ante una maquinaria implacable, ante la cual, es casi imposible salir indemne.

Cantante, escritora, poeta, actriz, compositora, Lydia Lunch ha mantenido toda su fuerza creadora desde que comenzara con apenas 16 años como guitarrista y vocalista del grupo punk Teenage Jesus and The Jenk, convirtiéndose en la reina de la *No Wave* neoyorkina y en una de las figuras más representativas del *underground* americano. Junto con sus amigos W. Burroughs y A. Ginsberg, fue una de las impulsoras del llamado “spoken word”, donde el trabajo en la letra, en el cuerpo mismo de la escritura termina por fundirse con la música.

Paradoxia, autobiografía publicada en 1996 y que ahora publica por primera vez en español la editorial Melusina, parece en principio bastante simple: se narra la historia de una niña violada por su padre (experiencia vivida por la propia Lunch), la cual inicia un viaje sin retorno a través del sexo, las drogas, el dolor y la muerte. Los textos de *Paradoxia* se inscriben, además, en el escenario urbano de New York, pero también en Los Ángeles, Nueva Orleans, Ámsterdam o Londres. La ciudad, con sus *residuos*, *desperdicios* y *restos*, con sus cloacas y su gentuza, es un personaje más que se suma a la cohorte de drogatas, rateros, punkis, mafiosos de poca monta, moteros, putas y desquiciados mentales que aparecen en las andanzas de esta depredadora. Ahora bien, más allá de la historia en sí, Lunch lleva a cabo una estudiada y planificada disección de la palabra, del propio texto literario, así como del cuerpo.

Comparada en ocasiones con Sade, Lunch produce toda una semiótica de los cuerpos, así como una *performance* del discurso. Las escenas de sexo, que se repiten casi melódicamente, son descritas con la minuciosidad de las figuras sádicas. La lengua misma se transforma en flujo: flujos vaginales, flujos de mierda, esperma, sangre, saliva... Lunch hace del sexo y del discurso un espectáculo que nos hiere tanto por su belleza como por su horror. Al mismo tiempo, *Paradoxia* nos retrata la sed de un yonki, de aquel que ha convertido la droga, no en un estimulante, sino, como afirmaba Burroughs, en un modo de vivir. “Permanentemente al acecho —nos dice Lunch—. Obsesionada por sus pollas hasta que podía limpiarme el sabor de la boca. Entonces quería más. Necesitaba más [...] Hasta hartarme, Atragantarme. Vomitarlo. Y volver a empezar”. Embriagada de sexo. Enganchada a las palpitations, al sudor, al olor, al éxtasis infinito.

Lydia “es extraña y sucia; pero sólo porque tú lo eres”, afirma Thurston Moore. La edición se completa, además, con un prólogo de Virginie Despentes. Precisamente, Despentes nos recuerda que Lunch nació el mismo día que el Marqués de Sade. “Su relato —escribe— mueve a pensar en una encarnación, en la América de los años ochenta, de una Juliette bajo el vodka”. De *Paradoxia* “uno sale vivo, pero no inmune”. **Carolina Meloni.**